
Anisotología: Rousseau, entre la Ilustración y el Romanticismo, y su resonancia contemporánea

VICENTE DOMÍNGUEZ-ARCA

Email: vdominguezarc@uoc.edu

Este ensayo reflexiona sobre el problema de la desigualdad a través del análisis del Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad de Jean-Jacques Rousseau. Partiendo de sus principales argumentos, se examinan las raíces históricas y filosóficas de la desigualdad, así como su resonancia contemporánea. Se propone un enfoque crítico y constructivo que introduce el concepto de anisotología, entendido como el estudio amplio de la desigualdad en su complejidad epistemológica y ontológica. A través de un diálogo con las ideas de Rousseau, se analizan sus contribuciones, limitaciones y vigencia en el contexto actual, abordando temas como el impacto del progreso, la propiedad privada, la estructura social, y la evolución de las desigualdades en nuestra era. El ensayo plantea preguntas fundamentales sobre las fronteras conceptuales de la desigualdad y su relación con fenómenos actuales como el biopoder, las redes sociales, el Antropoceno y los conflictos religiosos. Estas reflexiones buscan aportar nuevas perspectivas para enfrentar este problema transgeneracional.

1. INTRODUCCIÓN

El debate sobre la desigualdad no solo es un reto sociopolítico de enorme envergadura, sino también una cuestión filosófica que interroga las bases de nuestra comprensión del ser humano, la sociedad y el poder. A lo largo de la historia, pensadores de distintas épocas han abordado este fenómeno desde diversas perspectivas, desde las estructuras políticas y económicas hasta las dinámicas culturales y psicológicas. Este ensayo propone reflexionar sobre uno de estos enfoques fundamentales, partiendo del Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad de Jean-Jacques Rousseau.

Este texto, que examina los orígenes de las desigualdades naturales y morales entre los hombres, desde un momento histórico como la Ilustración, y desde una opinión cuasi Romántica; considero que representa una buena oportunidad para explorar no solo las raíces históricas y filosóficas del problema, sino también sus resonancias en la actualidad. Rousseau nos invita a considerar cómo las convenciones humanas, particularmente la propiedad privada, han alterado la igualdad primitiva y creado jerarquías sociales que

estructuran las sociedades modernas.

Abordar el problema de la desigualdad, entendida como el reconocimiento de desajustes entre individuos o colectivos, exige un enfoque interdisciplinar que contemple tanto las perspectivas epistemológicas como las ontológicas. Además, plantea cuestiones cruciales sobre su justificación o rechazo, sobre si esta desigualdad debe resolverse por los perjuicios que genera o, en su defecto, si la igualdad misma requiere ser fundamentada como ideal. La dificultad no radica únicamente en encontrar respuestas, sino en delimitar las preguntas: ¿Desde qué posición enfrentamos el fenómeno de la desigualdad? ¿Es una mirada afectada, bien desde el desahucio o desde el poder, es neutral, histórica o jurídica? Estas múltiples aproximaciones complican cualquier intento de establecer un consenso definitivo.

A partir de estas reflexiones preliminares, propongo el término anisotología para englobar el estudio de la desigualdad en su amplitud. No pretendo introducir el neologismo como un sello de originalidad, más bien pretendo, con él, dejar patente la complejidad de un estudio que merece, por sus implicaciones, motivaciones y variedades, un título que lo enmarque en el seno de

la filosofía. Este concepto busca capturar la naturaleza compleja y multidimensional del fenómeno, así como las numerosas implicaciones que derivan de su análisis. En su cobijo, el presente ensayo abordará las preguntas planteadas con la intención de no solo desentrañar las raíces del problema, sino también de considerar su relevancia en el contexto contemporáneo.

2. ¿CÓMO EXPLICA ROUSSEAU EL ORIGEN DE LA DESIGUALDAD?

Jean-Jacques Rousseau aborda el origen de la desigualdad desde una perspectiva que combina una crítica a las estructuras sociales con un análisis hipotético del desarrollo histórico de la humanidad. Además de presentar las ideas fundamentales del autor, me permito establecer aquí un diálogo constructivo con sus planteamientos, con el fin de ofrecer una visión más matizada y preparar el terreno para el análisis pormenorizado que realizaré más adelante.

Rousseau distingue entre la desigualdad natural y la desigualdad moral o política. La primera surge de diferencias inherentes entre los seres humanos, como la fuerza o la edad, y no genera conflictos en el estado natural. Por el contrario, la desigualdad moral o política, que emerge con la propiedad privada y el desarrollo de la sociedad, es el eje central de su crítica. Según Rousseau, el "primer hombre que cercó un terreno y dijo 'esto es mío'" marcó el inicio de las comparaciones, rivalidades y jerarquías que han estructurado la sociedad moderna. Sin embargo, el autor deja en el aire ciertas cuestiones que sería pertinente aclarar. Por ejemplo, la idea de que la propiedad es el origen de la desigualdad moral, aunque poderosa, parece requerir una argumentación más detallada, especialmente en cuanto a cómo se establece esta conexión histórica.

Un punto que llama la atención es la limitación epistemológica que Rousseau atribuye al conocimiento científico de su tiempo. Según él, los libros científicos muestran al hombre tal como se ha transformado, no como era en su estado original. Esta observación resulta interesante, pues establece una frontera para la caracterización científica del ser humano y subraya la dificultad de reconstruir un estado primitivo al que no tenemos acceso directo. Sin embargo, me pregunto si esta limitación es realmente insuperable o si podría haberse complementado con observaciones más concretas.

Rousseau también introduce dos principios del alma humana que, según él, son anteriores a la razón: el bienestar y la supervivencia. Aunque estos conceptos

buscan evitar disputas filosóficas sobre cuestiones abstractas, su presentación carece de un desarrollo riguroso. La mención de estas "manifestaciones del alma" tiene un tono casi místico que, aunque sugestivo, no parece ser suficiente para justificar teleológicamente su relevancia. Esto se combina con una cierta idealización del estado natural, que describe como un espacio de armonía donde las necesidades humanas eran sencillas y los conflictos, escasos. Este planteamiento, aunque provocador, parece ignorar las complejidades del comportamiento humano y las similitudes entre nuestra especie y otras en cuanto a la modificación del entorno para la supervivencia.

El autor establece un fuerte contraste entre el hombre salvaje y el hombre civilizado, y parece realizar una crítica tácita a la esclavitud al resaltar la violencia que ejercen los poderosos y la opresión que sufren los débiles. Esta polarización no solo refleja la dinámica de las sociedades jerarquizadas, sino que también apunta a una dimensión ética que queda implícita en su análisis. En este sentido, Rousseau parece vincular el progreso con un aumento de las desigualdades, argumentando que las instituciones políticas y económicas perpetúan las jerarquías y dificultan un retorno a la igualdad primitiva.

Al criticar la noción hobbesiana de que el hombre es naturalmente agresivo y belicoso, Rousseau defiende que el estado natural no es un estado de guerra, sino de relativa paz y autosuficiencia. Sin embargo, su rechazo a Hobbes parece subestimar la importancia de la supervivencia como motor de las actitudes humanas. Además, Rousseau afirma que ningún animal hace la guerra al hombre ni a otros animales, pero no define qué entiende por "guerra" ni cómo esta se relaciona con la supervivencia, lo que limita la claridad de su argumentación.

El lenguaje y las pasiones son elementos centrales en su narrativa sobre la transición del estado natural a la sociedad civil. Rousseau presenta la evolución del lenguaje como un factor esencial para la creación de las estructuras sociales, pero su análisis, basado en axiomas más que en evidencia, deja abiertas muchas preguntas sobre su aplicabilidad. Asimismo, su tratamiento de conceptos como la piedad, que asocia con el sufrimiento, parece confundir su carácter constructivo y proactivo con una dimensión puramente pasiva.

Finalmente, Rousseau critica la propiedad privada y su papel en la consolidación de las desigualdades, describiendo un proceso en el que los débiles se subordinan a los fuertes en busca de protección. Aunque esta narrativa resulta poderosa, y desde mi punto de vista muy atractiva, su análisis es algo superficial,

aún habiendo considerado yo el momento en el que lo hace, y no aborda completamente las complejidades de la relación entre la propiedad, la dominación y la formación de sociedades políticas.

En conjunto, Rousseau presenta una visión del origen de la desigualdad que, aunque profundamente influyente, no está exenta de limitaciones conceptuales y argumentativas, siempre desde mi humilde punto de vista. Al margen de estas cuestiones, su crítica al progreso y a la civilización sigue siendo una aportación fundamental para comprender las dinámicas de desigualdad y su desarrollo histórico. En términos generales, sus posiciones son atemporales, aún con ejemplos destinados a perecer, y representan un paradigma dichoso para la anisotislogía.

3. ¿HAY ALGÚN TIPO DE CONTRAPRO- PUESTA EN EL TEXTO?

Jean-Jacques Rousseau no ofrece una solución práctica inmediata para revertir las desigualdades manifiestas que critica, pero sí establece una serie de reflexiones y principios que pueden interpretarse como los cimientos de una propuesta más amplia para cuestionar y transformar el estatus quo. Su contrapropuesta se basa en una revisión crítica de las instituciones sociales y en un retorno conceptual al estado natural, no en un sentido literal, sino como una herramienta filosófica para entender la corrupción moral introducida por la sociedad civil. Este enfoque implica una denuncia de los fundamentos de la desigualdad y un llamado a repensar las estructuras que perpetúan la injusticia.

Rousseau plantea que el origen de la desigualdad moral radica en la consolidación de la propiedad privada y el establecimiento de instituciones que la protegen. Al identificar este punto de inflexión, Rousseau abre la puerta a una reflexión sobre cómo podrían organizarse las sociedades si estas no estuvieran fundamentadas en la acumulación de riqueza y en la dominación de unos pocos. Sin embargo, su crítica a la propiedad privada, aunque contundente, no va acompañada de una propuesta detallada sobre cómo dismantelar esta base de las jerarquías sociales. Parece confiar más en una revalorización ética de la naturaleza humana y en la capacidad de las personas para reconocer las injusticias inherentes al sistema.

Uno de los aspectos más interesantes de su pensamiento es su llamada implícita a reconsiderar el significado de progreso. Rousseau critica la idea de que la civilización, con todos sus avances, haya llevado al ser humano a un estado de mayor felicidad o justicia.

En este sentido, propone una revisión del concepto de bienestar, destacando principios como la piedad y la empatía como componentes esenciales del alma humana que anteceden a la razón. Aquí, aunque su reflexión está teñida de un cierto idealismo, puede leerse una invitación a construir una sociedad más orientada hacia valores humanos esenciales, en lugar de hacia la competencia y la acumulación de bienes.

Desde mis observaciones, Rousseau se encuentra atrapado entre la crítica y la construcción, pues parece rechazar abiertamente las instituciones sociales sin ofrecer un modelo concreto de alternativa. No obstante, su énfasis en la necesidad de replantear las relaciones humanas y la organización social puede interpretarse como un llamado a generar dinámicas más horizontales y menos dependientes de jerarquías. En este sentido, aunque Rousseau no elabora un sistema político alternativo, sí propone un paradigma ético que trasciende las estructuras de su tiempo.

Por otro lado, sus comentarios sobre la naturaleza como un espacio no mutilado por el hombre parecen sugerir una visión protoecológica que, aunque no desarrollada, plantea interrogantes sobre el impacto humano en el entorno. Aunque Rousseau idealiza la naturaleza y presenta una visión que ignora cómo otras especies también modifican su entorno, su crítica al antropocentrismo civilizatorio puede leerse como un esbozo de lo que hoy llamamos sostenibilidad o coexistencia armónica con el medio ambiente.

En conclusión, aunque Rousseau no formula una contrapropuesta concreta para revertir las desigualdades, su obra está impregnada de ideas y principios que podrían inspirar cambios fundamentales. Su insistencia en los valores humanos esenciales, su crítica a las instituciones y su cuestionamiento del progreso como motor de justicia social constituyen un marco ético y filosófico que desafía el estatus quo y deja abierta la posibilidad de imaginar alternativas más justas y equitativas. Este enfoque, aunque falto de concreción, resuena como un paradigma para repensar las desigualdades y sus raíces.

4. INVESTIGANDO LA HISTORIA Y CON- TEXTO TRAS EL TEXTO. ¿QUÉ NECE- SIDADES PODÍA TENER ROUSSEAU A LA HORA DE ESCRIBIRLO?

El Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad de Jean-Jacques Rousseau surge en un contexto histórico, personal y social que explica, al menos en parte, las inquietudes que motivaron al autor a escribir esta obra. La necesidad de Rousseau de reflexionar sobre la desigualdad y sus orígenes puede

entenderse como el resultado de su propio recorrido vital, así como de su interacción con las dinámicas sociales, políticas y culturales de su época.

Desde una perspectiva biográfica, Rousseau vivió una infancia y juventud marcadas por la adversidad. La prematura muerte de su madre y el abandono por parte de su padre lo dejaron bajo la tutela de unos tíos, lo que desde muy temprano lo familiarizó con la precariedad. Durante su juventud, incluso experimentó episodios de indigencia, lo que probablemente forjó una sensibilidad hacia las desigualdades y la injusticia social que impregnan su obra. Este trasfondo personal lo conecta directamente con su crítica a una sociedad que, según él, ha perdido su humanidad al priorizar la propiedad y las jerarquías por encima de los valores esenciales.

El contexto social de la Francia de Rousseau también fue un catalizador fundamental para su obra. Aunque el texto fue escrito antes de la Revolución Francesa, la sociedad francesa de mediados del siglo XVIII ya estaba profundamente estratificada, con una aristocracia que concentraba el poder político y económico, y unas clases populares sometidas a la pobreza y la explotación. Esta situación habría influido en Rousseau, quien, desde su perspectiva filosófica, denunció las instituciones sociales que perpetuaban estas desigualdades. Además, Francia estaba inmersa en el auge de la Ilustración, un movimiento que celebraba el progreso, la razón y la ciencia, pero que Rousseau miraba con recelo. Su crítica al progreso como fuente de desigualdad lo distingue de otros pensadores de su tiempo y lo posiciona como un precursor del Romanticismo, movimiento que más tarde exaltaría la naturaleza, las emociones y la crítica a la modernidad.

Otro aspecto que merece atención es la relación de Francia con sus colonias, que durante el siglo XVIII estaba en plena expansión. Aunque Rousseau no aborda directamente el colonialismo en este texto, se pueden identificar referencias a los relatos de su tiempo sobre las tierras colonizadas y sus habitantes. Estas narrativas, a menudo idealizadas o distorsionadas por la propaganda, pudieron influir en su concepción del estado natural, en el que describe una humanidad más cercana a la naturaleza y libre de las corrupciones de la sociedad civilizada. Sin embargo, su reflexión no trasciende hacia una crítica explícita del colonialismo, lo que podría interpretarse como una omisión significativa.

El texto también responde a las tensiones de un momento en el que los valores de la Ilustración empezaban a mostrar signos de desgaste. Rousseau se distancia de la corriente principal del movimiento al cuestionar que el progreso material y científico conduzca

necesariamente a un mayor bienestar humano. Para él, la civilización había traído consigo un incremento de la desigualdad, una perspectiva que dialoga con el descontento social creciente en Francia, preludio de los cambios revolucionarios que transformarían el país décadas después.

En conclusión, el Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad refleja tanto las experiencias personales de Rousseau como su respuesta crítica a las dinámicas sociales, políticas y culturales de su época. En un contexto de profundas desigualdades, colonialismo, tensiones en la Ilustración y los primeros síntomas de una revolución en ciernes, Rousseau escribe con la intención de desvelar las raíces de la desigualdad y denunciar las estructuras que la perpetúan. Su obra, más que un análisis histórico preciso, constituye una llamada filosófica a repensar la humanidad y las bases de la sociedad, y anticipa muchas de las inquietudes que caracterizarían al Romanticismo.

5. ¿LA REFLEXIÓN Y PROPUESTAS DE ROUSSEAU SON VIGENTES HOY? REDIMENSIONALIZACIÓN Y EVOLUCIÓN DE SUS IDEAS

El problema de la desigualdad no es trivial, ni en su enunciado ni en sus soluciones. Apenas acertamos a evaluar su impacto mediante la manifestación de muchas de sus consecuencias, pero tanto en la actualidad como a lo largo de la historia, la desigualdad ha dejado siempre su huella: diferentes terrenos, pero idéntica silueta. Superar sus manifestaciones sigue siendo un reto para nuestra sociedad, y muchos intentos han surgido para afrontar esta problemática. Algunas propuestas han apelado a la razón, otras a la naturaleza, y algunas, desgraciadamente, han aprovechado la desigualdad para justificar ideologías deleznable que perpetúan el sufrimiento.

Rousseau, en su Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad, apela a la naturaleza como un punto de referencia desde el cual denunciar las distorsiones de la sociedad civil. Aunque elegante y profundamente innovadora, su postura se ve limitada por lo percedero de sus ejemplos, que dependen en gran medida del contexto histórico en el que escribe. A pesar de ello, su obra demuestra la posibilidad de abordar esta problemática desde una perspectiva subjetiva, logrando al mismo tiempo un alto grado de solidez conceptual e innovación filosófica. Incluso desde mi propia perspectiva como científico, formado en la física más actual, no puedo evitar reflexionar que las soluciones a la desigualdad no pasarán por la

simple práctica de razonamientos ni por las inevitables imposiciones que estos generan. Más bien, considero que es necesario recurrir a un debate epistemológico que intente desentrañar qué se encuentra detrás del concepto mismo de desigualdad: ¿qué significa realmente la desigualdad?, ¿cuál es su raíz ontológica y cómo la percibimos como individuos y sociedad?

Una reflexión contemporánea sobre este tema exige preguntas fundamentales. ¿Es la desigualdad simplemente una cuestión de acceso a necesidades materiales? ¿O está intrínsecamente ligada a una asimetría en las posibilidades, donde algunas personas, poseyendo la misma "potencia", no pueden realizar determinados actos? ¿Cuáles son las fronteras conceptuales que delimitan el fenómeno de la desigualdad? Este enfoque no busca acumular ejemplos de desigualdad, sino entender sus fundamentos más profundos, aquello que subyace en nuestro sentimiento y percepción de este fenómeno.

La desigualdad hoy se encuentra profundamente vinculada a problemas que Rousseau no podía prever, pero que emergen con fuerza en nuestra época. Por ejemplo, la consolidación del biopoder, como lo señaló Foucault, ajusta las necesidades humanas a capricho de un sistema viciado por el control del capital. Este sistema configura nuestras prioridades, transforma nuestras relaciones y perpetúa desigualdades de maneras nuevas y complejas. Al mismo tiempo, el auge de las redes sociales ha magnificado el tráfico de información hasta niveles impensables, generando desigualdades en el acceso, la manipulación y la deformación de datos, creando nuevos desequilibrios sociales.

En este contexto, incluso las grandes cuestiones globales, como el cambio climático, parecen estar atravesadas por narrativas de desigualdad. La propuesta del Antropoceno, por ejemplo, no solo refleja una visión profundamente antropocéntrica, sino que podría justificar políticas punitivas más que soluciones reales, cargadas de una visión moralizadora del impacto humano sobre el planeta. Este fenómeno se adereza con conflictos que trascienden lo material, como las disputas religiosas que, aunque disimuladas bajo telones de materialismo, siguen marcando desigualdades, enfrentamientos y pérdidas humanas en nombre de creencias distorsionadas.

La desigualdad, tal como la planteó Rousseau, sigue siendo un problema candente, con implicaciones transgeneracionales que atraviesan todas las capas de nuestra sociedad actual. En lugar de verlo como una problemática cerrada, su planteamiento debe ser reexaminado a la luz de estos desafíos contemporáneos. Si logramos formular un enunciado claro y riguroso

de las preguntas que subyacen al fenómeno de la desigualdad, podríamos avanzar hacia soluciones que trasciendan las respuestas parciales o instrumentales y que aborden una parte sustancial de nuestros problemas actuales.

REFERENCES

- [1] Jean-Jacques Rousseau, 1782, *Las confesiones*.
- [2] Jean-Jacques Rousseau, 1755, *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad*.
- [3] Michel Foucault, 1976, *Historia de la sexualidad: La voluntad de saber*.
- [4] Thomas Hobbes, 1651, *Leviatán*.
- [5] Bruno Latour, 2004, *Políticas de la naturaleza*.
- [6] Jared Diamond, 1997, *Armas, gérmenes y acero: Los destinos de las sociedades humanas*.
- [7] Donna Haraway, 2015, *Staying with the Trouble: Making Kin in the Chthulucene*.